



ALVARO ROJAS DE LA ESPRIELLA

(1927 -
DEL HUMANISTA Y EL POETA
1997)

La voz del maestro íntegro¹

Ignacio Chaves Cuevas

Miembro del Consejo Superior de la Universidad Central,
Director del Instituto Caro y Cuervo.

Por designación del Consejo Superior, dolorosa y dulce designación, debo pensar unas palabras en memoria del amigo querido, querido amigo hecho de amistad y sueño, y debo vestirlas y pronunciarlas con un tono triste y adolorido, puesto que al final de cada frase debería ir colgado el terco y fatal, y ¿por qué no?, maravilloso acento de la muerte.

Más valdría la pena preguntarnos, cómo es posible hablar en tiempo muerto de un hombre que consagró su vida a la vida, que tiene en su nombre un legado de futuro, que en su hoja de vida no ha inscrito nada para la muerte, que ha tenido fe en cada amanecer de la cultura, en cada renacimiento social, en cada conquista del humanismo, en el cual encontró su ser y su manera de existir?

Alvaro Rojas de la Espriella es todo, menos sentimiento fúnebre; y es fiesta de la razón, con la cual instruyó un progreso espiritual y material, sostenido con apego a la idea de la ciencia, de la literatura, del arte, de la filosofía, de la política, de la poesía, de aquella poesía que para él fue sinónimo de América Hispana, y de justicia y de cambio incesante.

El entrañable amigo nos enseñó a aprender que el marxismo no es otra cosa que pensar y sentir en romántico, pero además nos enseñó que hay que luchar como cristiano, lo cual quiere decir: "amando, no destruyendo".

Como sabía que el trabajo en la sociedad capitalista está determinado por la alienación, nuestro Alvaro confirió a su propio trabajo la enseñanza del arte, única instancia de la actividad humana en la cual el objeto no niega al sujeto, sino que lo exalta y lo nombra: pasión y conciencia.

Con esa mirada generosa cumplió cada una de las etapas de su vida, especialmente las que destinó a la consolidación de su Casa de Estudios, la Universidad Central, institución que hoy lo aclama entre sus miembros de trayectoria irremplazable, en la que se destaca su extraordinario desempeño como Director del Departamento de Humanidades y Letras, y su brillante gestión en la Vicerrectoría Académica.

No debemos olvidar que fue gestor de *Hojas Universitarias*, publicación que hoy en día nos representa con orgullo en el ámbito académico nacional e internacional. Además, luchó en incontables jornadas por la creación y el desarrollo del *Taller de Escritores* de la Universidad Central, espacio que ha dado a conocer a jóvenes narradores colombianos, que de otra manera hubieran claudicado ante el olvido y ante la falta de atención. Con su acostumbrada sabiduría, Alvaro Rojas de la Espriella dijo alguna vez que su mimado *Taller* era en realidad un majestuoso "laboratorio de conciencias". Entendía a la literatura como conciencia del hombre y de su entorno.

La voz del maestro íntegro, la que hoy nos convoca como ayer, nos enseña el gran valor de su verdad, de su transparente amistad, de su pensamiento visionario, y nos motiva a llevar en nuestros corazones su mirada sincera, su cariñoso abrazo, su lealtad sin límites, su camaradería vegetal, eternamente florecida.

Se me ocurre pensar que a los amigos que se mueren hay que invitarlos a casa y reservarles su sitio en las tertulias; debemos decirles todos los días que no hay lugar para la ausencia, que están con nosotros, que *Alvaro* sigue siendo *Alvaro* con todo su *Rojas* y lo que siempre rimó con *de la Espriella*.

Debe ser tarea nuestra, hablar continuamente con nuestros muertos, consentirlos, aconsejarlos, regañarlos cuando su silencio intente convencernos de que alguien duerme día y noche, y que la vida es cosa antigua.

Alvaro está con nosotros, podemos leer sus escritos, podemos pensar con sus pensamientos, impresionarnos con su lucidez, concederle la palabra, y, si quisiéramos, podríamos discutir con él sobre el futuro de Latinoamérica, sobre la vigencia de una teoría como ciencia y como sueño, sobre el materialismo histórico frente a lo que alguien quiso vender con el despreciable señuelo del fin de la historia.

No hay que sumar a nuestra sorprendente facilidad de olvido, la vida de una persona que como Don Alvaro Rojas de

¹Leído en la Capilla de la Bordadita del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Bogotá, el 12 de abril de 1997.

la Espriella, reclama con cada acción una oportunidad para el mañana, una copa de vino con sabor a tierra de cultivo, una gracia ante la desgracia, una lumbre ante la oscuridad, un “sin embargo”, esperanzador para volver a conjugar otro verbo que conspire contra el pretendido punto final de las palabras.

IDEAS EN MOVIMIENTO

¿Para qué sirven las humanidades en la educación contemporánea?

Cuando se trata de las humanidades son muchos los conceptos que acuden a enriquecer este aspecto de la universidad contemporánea.

No entraña ninguna dificultad reconocer el parentesco y familiaridad que con las humanidades tienen los conceptos de cultura, ciencia, civilización, progreso, humanismo y otros con los cuales la valoración de la vida social debe enriquecerse.

Bien sabemos la dificultad que ofrece nuestro medio para darle una acogida sin reservas a las humanidades. Hay un comprensible afán por descartarlas del currículo considerándolas impertinente presencia en medio de tanta inquietud profesionalizante.

Hace ya algún tiempo, afirmábamos que: “La ciencia, la cultura, el conocimiento en general no son esferas de abstracta autonomía. Operan dentro de un sistema de relaciones sociales muy concretas que pueden llevar a consecuencias sociales imprevistas y hasta adversas, de acuerdo con el rumbo que reciban. En cambio, qué distinto es el panorama cuando la fuerza de una cultura asida a la radicalidad de la vida está presente en el fondo del proyecto científico o en el espíritu de los hombres”.

“Sin aliento cultural y humanístico los conocimientos impartidos por la Universidad quedan reducidos a fórmulas artesanales que se repiten sin cesar, empíricamente, sin capacidad crítica, sin sentido de la superación y, lo que es más grave, sin la perspectiva del hombre real, fin de todas las cosas”... El problema del hombre adquiere particular relieve en los grandes períodos críticos de la humanidad, como el que actualmente vivimos. La cultura, el hu-

Alvaro Rojas de la Espriella, como Jorge Enrique Molina, sólo han soñado en partir. Recordemos hoy a los dos y despedamos al joven maestro que fue don Alvaro, pensando que la muerte es también una palabra maravillosa y elegante.

bojas Universitarias.....

Alvaro Rojas de la Espriella

*Ex-vicepresidente Académico de la Universidad Central,
ex-director del Departamento de Humanidades y Letras*

manismo, las humanidades, adquieren un especial sentido en nuestros días. Es una época que exige poner en tensión todas las fuerzas del hombre”. Este era nuestro pensamiento de hace un tiempo y lo sigue siendo ahora.

La universidad y la educación necesitan poseer un estatuto teórico que las defina y oriente. Piénsese en la carencia de ideas responsables, es decir universales, ante la complejidad del mundo actual. ¿No estamos, acaso, rodeados de inconmensurables interrogantes acerca de nuestro futuro? ¿Estamos en posesión de un instrumento conceptual y efectivo que nos permita construir ese futuro? El conocimiento en el mundo actual pierde su significado y su sentido creador si no se fundamenta también en principios éticos que le sirvan para su aplicación en circunstancias históricas concretas.

“El hombre es el mundo del hombre”, pensaba Marx. Pues bien, haciendo resaltar tal pensamiento podemos preguntarnos: ¿qué hace el hombre sin mundo propio? Cabe una larga reflexión sobre el destino del mundo actual, tan al borde de su propia destrucción, para ubicar la responsabilidad humana. No sólo por la amenaza nuclear, sino por la destrucción de la vida, ecológica, ambiental y social.

Tal vez la confusión que existe acerca de la falta de significación y valor de las humanidades, del humanismo y de la cultura espiritual en general, obedece a la generalizada desvalorización que impera entre nosotros los colombianos. Crear la calidad de una vida nueva es nuestro deber. Ese deber que aparece en los momentos más caóticos de la sociedad que es el más precioso don del humanismo. Necesitamos algo en qué creer y en quién creer. Esta-

mos en gran medida limitados, por eso somos defensores exacerbados de lo individual: pero por ser limitados es por lo que debemos mirar hacia el género humano para salvar los escollos presentes. Es así que pensamos en un humanismo genérico.

Quiero, a su vez, a partir de lo que nosotros hemos trabajado bajo la categoría humanismo, derivar el concepto de humanidades. Para nosotros el humanismo actual es enfrentar las realidades y las necesidades humanas con sentido crítico, es decir, con un sentido que supere todo lo que detiene el progreso. El humanismo que nosotros necesitamos construir particularmente en América Latina, es el que dé el impulso para lograr lo posible dentro de un optimismo racional. El que permita hacer sentir al hombre latinoamericano el disfrute de la vida en comunidad con sus semejantes y hacerlo dueño de sus propiedades, así como posibilitarlo para superar todas las alienaciones que la historia le ha puesto. Ya se entrevé que América Latina es una reserva del humanismo del futuro.

Esto equivale a hablar de una forma democrática del humanismo. Toda América Latina unida, tras el pensamiento de Bolívar, en torno a un orden nuevo, donde los pueblos de nuestros países asimilen la cultura del mundo y de la historia al calor de la propia, dando una nueva dimensión al mestizaje, sin sentimientos de colonizado ni menos de conquistadores, para que los latinoamericanos podamos vivir en "nuestra casa", con la medida de nuestras necesidades y nuestra imaginación, expresadas en nuestra lengua.

Mariátegui escribió al respecto que: "Hispanoamérica, Latinoamérica, o como se prefiera, no encontrará su unidad en el orden burgués. Ese orden nos divide, forzosamente, en pequeños nacionalismos... el porvenir de América Latina es socialista".

Humanismo generoso, universal, ajeno a nacionalismos encogidos, humanismo que ve a la humanidad más que como hermana, como propia. Universal en el mejor sentido. Con los vientos internacionales y la presencia de la ciencia y la técnica contemporáneas, habrá en América Latina una expresión superior del humanismo, de irradiación universal, que va a exteriorizar la propia entraña, fruto de sustanciales cambios de nuestra "condición humana" antecedidos por nuevas categorías ideológicas.

El fenómeno de la pobreza y la miseria, con las diferencias con las cuales se presenta a causa de condiciones específicas en cada uno de nuestros países, genera comprometedores interrogantes sobre América Latina.

Cuando se piensa en América Latina no puede sustraerse de tal pensamiento el concepto identidad: en torno a qué se identifica América Latina.

Es conocida la tesis (expuesta entre otros por Roberto Fernández Retamar), de que América Latina y Occidente están entrelazados por una historia común: la de la relación entre países explotadores y países explotados, relación que se desarrolla desde el siglo XVI, a la cual hay que añadir la historia particular de cada país, su historia interna. Es decir, que si aceptamos la relación explotado-explotador, América Latina ha tenido una historia asentada en el sistema capitalista, desde cuando este apareció hasta su brutal presencia actual.

(A propósito, ya ante la proximidad del quinto centenario de la llegada de España a nuestras costas debemos revisar el concepto "descubrimiento" ya que, como lo dice el autor citado, en unión con otras figuras de la cultura latinoamericana, esta denominación trae consigo "la cosificación de los hombres y de las culturas pues de tal nomenclatura pasamos a ser objetos de la historia" y además porque como lo anota Dos Santos, condujo a "la peor catástrofe demográfica").

América Latina ofrece una apertura hacia el universo en la medida en que se descolonice mentalmente, en que se oriente hacia la segunda independencia y supere todos los lastres que le ha dejado occidente, para encaminarse rumbo a una nueva historia LIBRE Y CREADORA.

América Latina ofrece una apertura hacia el universo en la medida en que se descolonice mentalmente, en que se oriente hacia la segunda independencia y supere todos los lastres que le ha dejado occidente, para encaminarse rumbo a una nueva historia libre y creadora. Y, si bien hacemos las cosas, de un nuevo humanismo seremos capaces.

Como fuente inagotable de optimismo, podemos citar las enaltecedoras palabras de nuestro compatriota Gabriel García Márquez en el discurso de inauguración del Segundo Congreso de Intelectuales reunido en La Habana en diciembre de 1985, palabras que, junto con la dignidad que da la certeza de una causa justa, se confunden en mágica fusión, la poesía con clarividencia histórica:

"La América Latina y el Caribe, en cambio, parecen condenados a la servidumbre del presente: los desmadres telúricos, los cataclismos políticos y sociales, las urgencias

inmediatas de la vida diaria de las dependencias de toda índole, de la pobreza y la injusticia, no nos han dejado mucho tiempo para asimilar las lecciones del pasado ni pensar en el futuro"... "Por fortuna, la reserva determinante de la América Latina y el Caribe es una energía capaz de mover el mundo: es la peligrosa memoria de nuestros pueblos"... "Es una cultura de resistencia que se expresa en los escondrijos del lenguaje, en las vírgenes mulatas -nuestras patronas artesanales- verdaderos milagros del pueblo en contra del poder clerical colonizador. Es una cultura de la solidaridad, que se expresa ante los excesos criminales de nuestra naturaleza indómita, o en la insurgencia de los pueblos por su identidad y su soberanía"... "Es una cultura de la vida cotidiana que se expresa en la imaginación de la cocina, del modo de vestir, de la superstición creativa, de las liturgias íntimas del amor". ..."Hasta la revolución misma en una obra cultural, la expresión total de una vocación y una capacidad creadoras que justifican y exigen de todos nosotros una profunda confianza en el porvenir".

Hoy América Latina se ve precisada a fortalecer su cultura política.

La vigilancia de la identidad es tan necesaria como la vigilancia de las fronteras a su vez, porque la conquista y creación de nuestra cultura se logran sólo como reivindicación política. "...la noción de coloniaje nace con el descubrimiento de América", escribe Alejo Carpentier.

La actividad política, o teórica o ideológica, o universitaria y educativa en general, si no tienden hacia un fondo de identidad, que busque la constitucionalidad de lo que podemos ser a partir de las condiciones actuales de nuestro existir, que no son otras que las de la dependencia y la explotación, toda aquella actividad teórica, si no conduce hacia una praxis de la transformación, repetimos, se convierte en actividad trivial o en gran engaño a nosotros y a los pueblos.

"La filosofía como toma de conciencia de nuestra realidad; la filosofía, también, como conciencia de las posibilidades de una *praxis* que ha de servir, no para nuevas formas de dominación, sino de liberación. Filosofía de liberación *versus* filosofía de dominación. Pero no para nuevos enfrentamientos, sino para que estos sean innecesarios. Filosofía, también, que haga de la naturaleza un instrumento del hombre, pero no del hombre instrumen-

to de otros hombres", ha escrito con razón Leopoldo Zea.

Así mismo, el arte, la literatura y la expresión estética en general no lograrán el rango de calidad suficiente si no son parte también de una cultura democrática y a su vez sustento del espíritu transformador y de una nueva sensibilidad que lleve en sí los embriones de un mundo nuevo. Es útil recordar el título de un libro de ensayos de Alejo Carpentier que tiene significado anunciador: "La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo".

Es así, a través de esa constante búsqueda de nuestra identidad, como el arte y la literatura del continente, en forma revolucionaria, han ido conquistando nuestra significación en la medida en que han logrado conciencia de que la historia cultural nuestra está a nivel de la historia de toda la humanidad. En la medida en que precisa la propia identidad, América Latina ha ido al encuentro de los pueblos del mundo ganando dignidad.

Al observar los fundamentos sobre los cuales se levanta la nueva novela latinoamericana, se encuentra que a mediados del siglo XX rompe con la dependencia cultural de occidente que le permite reflejar una nueva situación del continente en relación con el mundo actual; liberación de occidente y apertura hacia el mundo que hacen aparecer en toda su magnitud ese otro fenómeno de la identidad, cual es el de la mezcla de razas, lenguas, pueblos y culturas de la humanidad.

Bajo el apremio de las condiciones económicas, políticas y sociales, las expresiones de la cultura de América Latina andan empujadas por un ferviente e inatajable anhelo de liberación.

Está en pie la "filosofía de la liberación", enraizada en nuestra circunstancia, proveniente de una "toma de conciencia de nuestra realidad" y a partir de un contenido nuevo de la lucha de clases donde la conciencia se forja a tono con esta ley de la historia.

La búsqueda de la ontología latinoamericana encuentra la existencia de "otros hombres y otras realidades con las cuales hay que ser solidarios contra la dominación y la dependencia", según palabras de José Antonio Portuondo en el Segundo Congreso de Intelectuales de La Habana.

Una humanidad nueva, en ciernes, entra vigorosamente como protagonista de la Nueva Novela Latinoamericana desde la cual se señala, por la ruptura con occidente,

**La vigilancia de la
identidad es tan necesaria
como la vigilancia de
las fronteras a su vez,
porque la conquista y
creación de nuestra
cultura se logran sólo
como REIVINDICACIÓN
POLÍTICA.**

Está en pie la **“filosofía de la liberación”**,
enraizada en nuestra circunstancia, proveniente de una “toma de conciencia de nuestra realidad” y a partir de un contenido nuevo de la lucha de clases donde la conciencia se forja a tono con esta **LEY DE LA HISTORIA**.

que la opción socialista es la opción humanista y viceversa.

La historia no ha terminado para América Latina. Está empezando para nuestros pueblos. Hecha en, desde y por latinoamericanos, con la solidaridad de quienes se sienten iguales e integrados.

Solidaridad e integración -que tuvieron verdadera significación en el siglo XIX- para una paz duradera en el mundo tanto como en el interior de Nuestra América. Ejemplos son: Contadora, Grupo de Apoyo, Esquipulas II.

En América Latina se están revisando todos los valores de occidente. El escritor latinoamericano, desde esa óptica, es más universal que cualquier otro. Tal como antes se dijo, en el modelo de la Nueva Novela Latinoamericana se avizora el futuro del género humano: en ella está el pueblo con tonalidad épica, como protagonista. En ella se da toda la historia de la humanidad a través de una nueva visión nacida del mestizaje.

Una nueva conciencia artística enfoca la política y la historia. Según el crítico soviético Valeri Zemskov, en “Cien años de soledad” está presente toda la historia cultural del hombre.

El carnaval como concepto artístico desde el cual se valora nuestra literatura, expresa la idea de resurrección, de nacimiento de una nueva historia superada o desprendida de la prehistoria. De la historia que viene dejando atrás los siglos de opresión.

Tal vez por ello también Carpentier acoge la idea del barroco como típica de la expresión latinoamericana, estilo donde, según el autor, “viven todas las épocas y todos los estilos humanos que se manifiestan donde hay transformación, mutación, innovación. Se proyecta hacia adelante y se presenta en expansión cuando va a hacer un orden nuevo en la sociedad. Puede ser culminación como puede ser premonición”. Es, según se entiende, una apertura y un despliegue del sujeto hacia lo nuevo.

La cultura democrática de América Latina está llena de elementos negadores de la dominación que nos ha sido impuesta. La preservación y defensa de la cultura

democrática es la mayor premisa para lograr la identidad cultural.

La presencia de dos culturas en América Latina reclama al máximo la vigilancia y el espíritu crítico ante esta realidad. Se invade a nuestros pueblos diariamente con una “cultura de masas” orientada a producir individuos estandarizados, prefabricados para el consumo de “verdades” emanadas de la ideología opresora, aptos para la manipulación.

Frente a esta tendencia desintegradora, es ahí donde se yergue con su mayor eficacia el papel del intelectual humanista para develar la postración de la conciencia sojuzgada que relieve, construya, fortalezca el papel de las culturas nacionales, elemento integrador de la independencia, la soberanía y la paz en el concierto de la cultura universal.

El imperialismo considera a nuestros pueblos como masas sin identidad: “una bandera, una silla en las Naciones Unidas y un equipo de fútbol”. La esterilidad conceptual que se deriva de la concepción “cultura de masas”, ha rebajado entre nosotros los sentimientos, las tradiciones y los valores nacionales. La misma esterilidad con la cual se presentan vastos sectores de nuestra población ha deteriorado seriamente la participación política. Por ejemplo en las últimas elecciones pudimos apreciar cómo el dinero y la publicidad reemplazaron las ideas. La manipulación apoyada en la ignorancia conlleva una posición deshumanizada ante la sociedad y a la evasión de la realidad.

Existe una gran contradicción cultural en nuestro medio: la autenticidad y la identidad culturales no habían sido tan anhelantemente buscadas como hoy cuando las luchas políticas de los sectores más esclarecidos aumentan su intensidad, dando sentido a la independencia mental y a la soberanía nacional; en tanto que, de otra parte, vivimos un gran arrasamiento cultural encaminado a mantener a millones de hombres y mujeres bajo nuevas formas de alienación, despersonalización, confusión e indiferencia.

En 1983, el Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad del Rosario reunió un seminario sobre «El Humanismo Latinoamericano», el cual produjo apreciaciones

nes que por su responsabilidad y seriedad bien vale la pena resaltar como propuesta de Colombia a la miseria del país. A pesar de algunas diferencias ideológicas, encontramos valiosas apreciaciones tales como aquella que dice: «Identidad y humanismo son un solo proceso en América Latina»... «Resultado de la necesidad histórica latinoamericana de humanizar unas condiciones de vida absolutamente indignas donde la miseria, el hambre, la inautenticidad, la soledad, el asesinato, la derrota, la muerte son la realidad cotidiana de millares de seres, la crítica enfática e implacable debe denunciar todo aquello que castre las potencialidades del hombre para realizarse plenamente. «... «Total, integrador, creador y vital, un humanismo crítico latinoamericano supone una praxis comprometida con la realidad que busca transformar, una lucha contra la deshumanización en que se debate América Latina». . . «Sólo con la causa del hombre está obligado el humanismo latinoamericano» .

La perspectiva de un humanismo latinoamericano, de trascendencia universal, como el que se avizora ya, introduce un elemento de optimismo en la praxis que opere sobre nuestra realidad para transformarla por destructiva y opresora.

Un primer criterio, respecto a las humanidades, debatido en la Universidad Central consiste en aceptar que éstas no son, no radican en ser una cátedra más. Lo que circunscribe el campo humanístico no tiene un contorno cuantitativo, ni programático, ni horario. Nuestro punto de partida sobre las humanidades consiste en que estas deben potenciar las capacidades del hombre frente al conocimiento, a la sociedad y a la vida. ¿Debe entonces la universidad ser solamente generadora de conocimientos y destrezas profesionales o, ante todo, ser una fuente cultural?

Pensamos que ningún conocimiento tiene plena validez en el mundo contemporáneo si no lleva un sustento cultural y un contenido ideológico. Es por ello que el exagerado profesionalismo, que es la negación del proyecto cultural, nos parece una deformación del conocimiento y la personalidad. Así, el profesional, cualquier profesional, tiene el derecho, que quiere negarle la sociedad de consumo, de ser persona con amplia participación cultural en obediencia a que su actividad es reflejo y expresión de la organización de determinado tipo de sociedad. Hay

que tener en cuenta que la cultura en América Latina es fruto de una reivindicación política. Que la comunidad acepte, pues, que cualquier profesional debe tener participación en el debate de los problemas políticos y sociales. «Hay dos pensamientos que quiero destacar; uno, del maestro Manuel García Morente, el cual asegura que 'el especialista, que no es más que especialista, no es ni siquiera especialista', y el otro es del doctor Marañón, médico y humanista español, que dice 'El que sólo sabe de medicina, ni de medicina sabe'.

Las leyes de la vida social, recogidas por la ciencia, dan el conocimiento de lo que el hombre y su mundo son, de sus perspectivas históricas, de su responsabilidad como sujeto histórico. El humanismo científico considera que el sustrato, la esencia de la vida social, es la actividad libre del hombre y que la solución a las grandes necesidades sociales no puede programarse al margen de la conciencia humana.

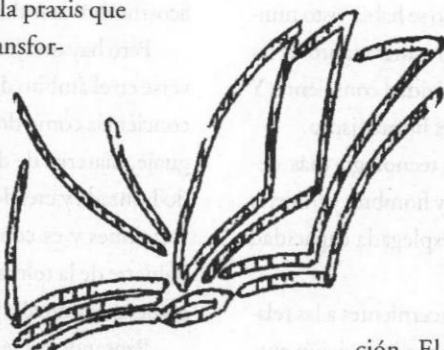
«La sociedad misma, así como produce al hombre, como hombre, es producida por él», escribió Marx.

Ahora, todo lo decimos en atención a que, si asumimos también una actitud ética frente al problema del humanismo, el valor primero y último de todo lo existente son el hombre y su crea-

ción. El hombre entendido como un fin de la producción y no como un medio de la misma y a su vez él como el primer productor. Del hombre hay que entender la riqueza de su personalidad y la capacidad que ésta tiene para producir y transformar creadoramente la vida y participar gozosamente de ella. Tal es un don de la cultura.

De otra parte, consideramos que el papel actual de la ciencia ha cambiado la noción que del mundo se tenía, debido a que dicho rol se ha convertido en un hecho económico estructural. Lo vemos, por ejemplo, en el problema de la paz y la guerra, problema fundamental del mundo contemporáneo.

Si los hombres no califican el problema de la paz en su gran dimensión es porque han perdido toda noción de la creatividad humana y del valor de sí mismos. Es un problema que penetra y rige la vida cotidiana en forma tal, que debe asumirse ya como una forma de conciencia so-



Los grandes retos científicos, la tecnología más desarrollada, pierden su eficacia si no hay hombres y mujeres con gran responsabilidad ética y desplegada capacidad cultural, que LOS CONTROLE.

cial. Ante tal acrecentamiento de la aplicabilidad científica, la responsabilidad de los trabajadores de la ciencia y junto con ellos todos los universitarios, se agiganta como nunca antes en la historia. Debemos tener en cuenta que el progreso tecno-científico ha traído y ha creado fuerzas de destrucción antes insospechadas: no se había visto nunca que el futuro de la humanidad dependiera tanto de las decisiones de los hombres y de su actividad consciente. Y aquí vuelve a sufrir un gran desafío el humanismo.

Los grandes retos científicos, la tecnología más desarrollada, pierden su eficacia si no hay hombres y mujeres con gran responsabilidad ética y desplegada capacidad cultural, que los controlen.

Los problemas, por ejemplo, concernientes a las relaciones de la naturaleza con la sociedad, a la posición ante el desarrollo histórico y la creación cultural, a la vida interior de los hombres, a su vida espiritual, a la actitud ante sí y ante los demás, la universidad se ve forzada a asumirla aún a riesgo de entrar en conflicto con la propia sociedad. Todos estos problemas, acrecentados al máximo en la sociedad contemporánea, no pueden ser resueltos mientras existan fuerzas que disminuyan la conciencia del hombre, demeritando su valor racional y humano; es decir, hagan de él un hombre degradado, como ocurre por ejemplo, en la sociedad de consumo, donde los valores quedan marginados. Así, el factor humano adquiere creciente importancia en la regulación de los procesos de la sociedad actual.

Los efectos sociales de la ciencia, su aplicación y consecuencias, la proyección que adquiere ésta, parten del alto desarrollo anticipado intelectual y moral que debe tener el hombre moderno. Ya se sabe que hoy no hay vida

nacional aislada. La mutua acción informativa de los acontecimientos mundiales, la economía y la cultura internacionalizadas, obligan a la participación de enormes multitudes en toda clase de eventos del mundo, a lo cual cabe agregar que las necesidades tecnológicas industriales adquieren hoy también carácter universal.

Todo está cambiando entre nosotros con una rapidez nunca antes vista; ni siquiera presentida. El impacto de los hechos nuevos está pidiendo reemplazar las viejas ideas directrices de la vida por otras que sirvan para adecuar nuestro espíritu y nuestras voluntades a formas de vida más propias y auténticas valiéndonos de las muchas fuerzas que tenemos sin aprovechar a lo largo y ancho de este país al sur del Río Grande. No queremos ser más consumidores de cultura, de política de instituciones que no han servido sino para la opresión. Ansiamos afincarnos en lo propio sin desconocer ni un instante que tenemos que ajustarnos también a la hora del mundo para rectificar cuanto vacío haya dejado el coloniaje mental a que nos acostumbró la indiferencia del propio valer.

Pero hay una herramienta que necesita ante todo moverse en el ámbito de la liberación permanente, tanto de la conciencia como de las condiciones externas: ella es el lenguaje, material de dignificación del hombre que manejado honrada y creadoramente modela vidas, sentimientos, relaciones y es condición del mutuo reconocimiento y baluarte de la tolerancia. El transparente manejo del lenguaje es condición para una ética de la convivencia.

Pensando así se resolvió fundar la Facultad de Comunicación Social-Periodismo, responsable ante los riesgos que se corren por compaginar el periodismo con la democracia y la libertad en la ebullición social de América Latina. Mientras la tecnología suministra una información al instante, para nosotros casi homogeneizada por los monopolios informativos y bien pertrechados ideológicamente, inmensas mayorías de receptores apenas balbucean las primeras letras o no saben cuál es la capital del país vecino. Son los distintos niveles de la escala social los que reciben un mensaje uniformado, o, dicho con otras palabras, lejos aún de una pedagogía del periodismo. Además, las ideologías, aunadas con el interés privado, cuántas veces no son adversas al interés nacional. Rota la integridad de la nación, desequilibrado el desarrollo, aparece el «país de ciudades» superpuesto al otro, al que está lejos del progreso sumido en el atraso político, económico, social y cultural. El de los colombianos irredentos, para quienes la ciencia,

el conocimiento, la educación, no existe, mucho menos la Universidad, y a quienes les llega una información extraña a su existencia, alejada de unos intereses que no tienen, sin rumbo en medio de la soledad social.

Se puede extender este cuadro a América Latina para ubicar el periodismo en ella reconociendo las condiciones específicas en que se desenvuelve esta función estructural de la vida moderna.

Para vigorizar la democracia y la libertad destacamos como la más valiosa de las cualidades del periodismo la atinente a la responsabilidad de la información. El manejo irresponsable de la información es el atentado más grave contra la cultura de las relaciones humanas. Particularmente exagerada es esa deformación de la convivencia producida por la radio y la televisión, donde los gritones y los preguntones, sin el menor atisbo de las consecuencias, adelantan, presas de la incapacidad y la carencia de ética profesional cualquier conjetura sobre los acontecimientos sin calcular sus efectos. El afán de «hacer noticia», el centaveo informativo y el ansia publicitaria reemplazan a la milenaria labor del pensamiento social de los mejores estadistas y pensadores del mundo como es la de organizar sociedades donde los descubrimientos de la ciencia sirvan al equilibrio de las relaciones humanas en bien de la democracia.

Esto para no hablar de la calidad del gusto como medio para enaltecer y dignificar las relaciones con el medio social. La violencia, producida por factores que otros analizarán, ha impregnado tanto a ciertos medios de comunicación, que ya cualquiera de las violencias contribuye a darle contenido, en medio de alardes democráticos, sentimentaloides y demagógicos, a los mensajes de mayor audiencia. Así mismo, por obra de la instantaneidad del mensaje emitido por la publicidad pagada, la información no da cabida a las rectificaciones. Las habilidades delictivas y los ánimos retaliatorios quedan, de esta manera, amparados por las ligerezas informativas celebradas por la vociferancia competitiva.

El concurso que a la democracia y a la libertad presta el periodismo en sus distintas expresiones, en su más profunda entraña educativa, es el de preservar las condiciones para que las personas manifiesten su pensamiento, comprendan los acontecimientos y no que se los den comprendidos. Así como la pedagogía debe facultar a la persona para que se atreva a pensar, así el periodismo -por lo menos en su vía informativa- debe facultarla para una opinión digna.

“Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión”. Así reza el artículo 19 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Investigar y recibir informaciones: ahí encontramos uno de los puntales del periodismo en bien de la democracia.

Informaciones libres de extrañas ataduras. Somos partidarios del pluralismo de opiniones, acogiéndonos a un rasgo de la época y partidarios también de la confrontación tolerante de ideas. Los intereses divergentes no tienen por qué empañar la información ni el debate de opiniones; antes bien, para que exista una democracia funcional, vigorizada por el debate, no debe existir la presión por las diferencias de criterios y puntos de vista sobre las cosas. La polémica, diálogo en todos los órdenes de la vida, nuevas y superiores formas de la discusión unidas al respeto por la opinión pública, el escuchar a los demás, pueden ser las bases generales para establecer los asentamientos de un periodismo al servicio de la democracia.

Pero todo requiere -para usar un muy exacto término actual- de una cada vez más responsable transparencia informativa. A los universitarios nos compete ayudar a la incorporación de las personas a los asuntos sociales considerando que mientras más delicados sean estos más participación colectiva debe haber y más robustas y conscientes deben ser las opiniones adquiridas de la información.

La transparencia informativa, abierta a las tendencias positivas del mundo contemporáneo, nos va a servir para fortalecer un mundo no violento, acorde con la civiliza-

***Los efectos sociales de la
ciencia, su aplicación y
consecuencias, la
proyección que adquiere
ésta, parten del alto
desarrollo anticipado
intelectual y moral que
debe tener el HOMBRE
MODERNO***

ción que deseamos iniciar ya en la terminación de este siglo, donde nuevas formas de relaciones entre los Estados aseguren una paz duradera.

La libertad de expresión de que habla el Artículo 19 de los Derechos Humanos no debemos utilizarla más como un rótulo vacío. La expresión humana merece todo el respeto posible. La libre expresión desaloja el lenguaje violento, enaltece el rango de las personas y establece un nivel más elevado de la comunicación. En pocas palabras, viene a ser la democracia de la expresión.

Este periodismo que anhelamos fervientemente enriquecer debe estar encaminado a suministrar información verídica sobre las cuestiones de la sociedad y a su vez debe estar abierto a la participación libre sobre cualquier aspecto de significado social importante.

Cabe aquí afirmar que la democracia informativa, o si se quiere, la información en bien de la democracia y de la libertad de opinión, debe considerar que la violencia no es fatal, que es evitable. La violencia no es un proyecto ni un fin de la sociedad. La información muchas veces prohija el temor, el miedo, cierra perspectivas a los ideales optimistas y de superación de las condiciones actuales. La ideología de la destrucción, de la violencia, anula en la conciencia de las gentes la posibilidad del proyecto histórico superior, humanizado. La insistencia en la destrucción, la muerte y la violencia como fatalidad social castra las fuerzas que propugnan por un humanismo de nuevo tipo, como el que se ha propuesto, digo un ejemplo, para América Latina. No podemos permanecer por más tiempo bajo los postulados inconsecuentes de que todo está perdido, de que la condición humana no tiene otro ámbito sino el de la violencia. La presentación fatalista de los acontecimientos, la creencia de que todo es así y no tiene solución ha cobrado con exceso el precio de la vida humana.

Así, no podemos afanarnos más por el viejo postulado de la libertad de prensa. Libertad de prensa sí, como la piden los Derechos Humanos, la Dignidad Humana y el Humanismo nuevo; mejor una prensa para la libertad que nos permita a todos descifrar la entraña modificable del país. Una prensa para la libertad de pensar, creer y sentir algo verdaderamente creador y optimista de nuestro propio valer.

De ciertos principios no podemos permitir su caducidad. Antes bien, lo que hay que hacer con ellos es remozarlos, hacer de ellos una lectura contemporánea que facilite el avance del pensamiento. Por eso, ahora, de lo que

se trata es de vigorizar las corrientes de opinión con un periodismo que haga funcional la expresión tanto como la opinión de todas las corrientes ideológicas que propongan soluciones a la crisis en el marco de un generoso pluralismo, tal como lo piden los vientos favorables que circulan por el mundo de hoy. No un periodismo impositivo y dogmático cuando del comentario se trata, sino antes bien, al servicio de la superación de las inmensas necesidades que padece la sociedad colombiana. Para cumplir tales propósitos debemos retomar ahora el principio de la credibilidad ya que se nos ha acostumbrado a dudar de muchos aspectos de la información. Se nos ha acostumbrado a esperar siempre un lapso más para superar las dudas de lo leído o escuchado y en muchas oportunidades la transparencia es reemplazada por la oscuridad: nos quedamos realmente sin saber lo que pasó. Estas, en nuestro sentir pueden ser consideraciones, más que para la libertad de prensa, para un periodismo al servicio de la libertad.

Puede compararse así la misión del periodismo con la misión universitaria. Ambas deben evitar la confusión, la oscuridad. El periodismo como la cátedra deben estar enmarcados en la veracidad, en el orden de lo comprobable. Ni la cátedra ni el periodismo pueden ser partícipes de la labor de ocultamiento, ni de las tergiversaciones.

Precisamente el desarrollo de la tecnología de finales del siglo eleva a un nivel superior la responsabilidad del periodismo dado el volumen de efectividad que alcanza. Aquí es entonces cuando aparece en juego el papel de la ética en el manejo periodístico. ¿Será permisible que el alarde técnico se sobreponga a las consideraciones humanas?

Para penetrar en la entraña de la democracia, la dignidad de los individuos y los pueblos es lo primero que se debe estimar. Burlas, sensacionalismos, ironías contra otras culturas o personas que piensan de otra manera a la nuestra, exageraciones o minimizaciones de los otros se convierten en llamados al desequilibrio de los vínculos y al empañamiento de las relaciones libres entre entidades, personas o culturas. Cuando esto ocurre entre naciones se presenta con facilidad la desvalorización de la paz.

De igual manera, desbrozar el sentido de la democracia con criterios actuales, reclama del periodismo tanto como de la Universidad hacer más fuerte cada día el principio de que la paz es indivisible: es para todos o no es para nadie, al igual que el respeto por la vida. El periodismo que esté al servicio del desarrollo, se invalida desde el co-

mienzo, si no preconiza a la par como cuestión de principios, la promoción y respeto de los derechos humanos, personales y sociales, junto con los que son propios de las naciones y los pueblos.

A lo anterior hay que agregar que lo más profundo de la democracia y la libertad actuales se aúnan en una concepción del nuevo humanismo que aviva la conciencia del valor de los derechos de todos, sin relegar a nadie, para que por igual disfruten de los logros de la ciencia y la técnica, el conocimiento y el trabajo.

De toda esta consideración nace un nuevo sentimiento de participación, de responsabilidad, de compromiso si se quiere, que invita a cada individuo, a cada uno de nosotros, a sentirse vinculado al futuro y al porvenir de toda la humanidad. Por ejemplo, ese es uno de los valores de quienes luchamos por la Paz: el compromiso que tenemos como individuos frente al porvenir de la humanidad.

¿La universidad debe prohibirse a sí misma, censurarse la capacidad de aportar elementos, ideas y principios, que sirvan de soporte al destino de su propia sociedad, al destino de la sociedad en la cual existe? En las condiciones actuales de nuestras sociedades, particularmente de las latinoamericanas, el enriquecimiento y agudización del instrumento crítico por parte de la universidad es para negar, sirviéndonos de éste, todo aquello que nos impida pasar de objetos históricos a sujetos históricos y elaborar los fundamentos para un conocimiento más profundo del hombre y para su liberación y realización.

Si la universidad es un baluarte de la autenticidad cultural del país, esa autenticidad obliga a un sentimiento democrático efectivo, a una valorativa nueva ante la caducidad de las formas neocoloniales de la cultura. Esa es una de las concepciones que también debemos hacer valer dentro del humanismo contemporáneo.

Consideramos que en las humanidades deben tener cabida las ideas que debate la sociedad contemporánea, con un sentido polémico, con un sentido crítico, precisamente para superar el profesionalismo. Si nosotros aceptamos las ideas que se debaten en el mundo contemporáneo como propias, entenderemos cómo los objetos de conocimiento de cada profesión desembocan en una posición filosófica. De otra parte, con las humanidades se busca plantear el problema de la identidad cultural colombiana como parte esencial de la liberación ideológica. Las cátedras humanísticas tienen que entenderse bajo este rótulo: críticas, transformadoras de acuerdo con la profesión en la cual estén

inscritas. No son lo mismo las cátedras humanísticas en las carreras de derecho o de psicología que en arquitectura o química.

De otra parte, en Colombia, las cátedras humanísticas deben ventilar el gran problema cultural y poseen también un carácter reivindicativo. La cultura no la da el sistema espontáneamente, como en otros sistemas. La cultura es una conquista que tienen que lograr nuestros pueblos. Por eso las humanidades han de dar al estudiante colombiano una potenciación que le permita asir su destino histórico dentro de un gran proyecto democrático, es decir, dentro de un gran proyecto de realización de todas las posibilidades de su personalidad socialmente valiosa y creadora, que le haga superar la estrechez profesional para participar de la vida universal. No son lo que se piensa tradicionalmente, con ánimo caricaturesco, un rincón del conocimiento, un remanso plácido de las ideas, sino que las humanidades sirven y deben servir para reafirmar la ubicación del estudiante colombiano: no dan brillo, sino conciencia.

En reciente entrevista el poeta Evgeni Evtushenko ha dicho algo muy cierto: «El título deja de ser un indicador del nivel cultural cuando sólo sirve para acreditar el derecho a ejercer una profesión. Pero la cultura no es una profesión, sino una forma de concebir y entender el mundo en su compleja integridad».

Ahora bien. Nosotros hemos concebido la universidad como un gran diálogo, como un debate permanente que permita el espacio para una confrontación civilizada de todas las ideologías contemporáneas; a fin de que la gente, y los estudiantes particularmente, sepan cuál es la más benéfica a las necesidades del pueblo colombiano.

El proyecto del humanismo contemporáneo posee un gran vigor encaminado a lograr la realización del destino individual y social y hacer sentir al hombre el disfrute de la vida en comunidad con sus semejantes, hacerlo dueño de todas sus propiedades y posibilitarlo para superar todas las alienaciones.

Retomando una idea antes expuesta: el profesionalismo acerca al conocimiento. Da un conocimiento o una destreza. Logra algo a través de un profesor, de unas lecciones, de un método. Tiene una extensión: es cuantificable. Puede modificarse, enriquecerse, variar con la época, con el lugar. Así es, pero se puede conocer, mas no saber, no tener el saber de lo que se conoce, es decir se puede estar carente de actitud crítica y de experiencia vital y universal.

La cualificación da el saber, que es una actitud proyectiva ante el hacer y el conocer. El saber no lo dan un profesor ni unas lecciones, es el fruto de la experiencia vital, de la actitud universal, de la conciencia abierta hacia el mundo.

El humanismo, a más de la actitud crítica ética y científica, debe desarrollar la capacidad valorativa. El valor es una categoría filosófica fundamental de tal magnitud que el mismo conocimiento que se adquiere necesita ser valorado. Los conceptos originados por el valor están presentes en la ética, la estética, la política, el derecho, la ciencia, la epistemología, etc. Así pues el concepto de valor supone un sujeto que valora, bien sea un individuo, un grupo social, una clase social, o el hombre en general.

Cuando algo es un valor para un sujeto quiere decir que este valor es un objeto (una cosa, el estado de una cosa, una acción, una idea, un problema), cuyas cualidades y propiedades satisfacen determinadas necesidades (del conocimiento, de los sentimientos del trabajo, de las relaciones etc.), es decir que el problema del valor afecta toda la vida del sujeto.

El hombre es un ser activo cuya libertad crece, es construida, a medida que aumentan su saber y su control sobre los factores externos. La madurez humana es la responsabilidad moral para elegir conscientemente entre varias alternativas y calcular sus efectos.

El bienestar material es un medio, una condición para liberar diversas formas de la miseria. Pero el fin del hombre no es la cantidad de bienes materiales que posea, sino una vida rica por sus contenidos efectivos, intelectuales, espirituales, etc.

La actividad conscientemente encaminada a un fin comprende la existencia de un mundo de objetos independientes del hombre y de su conciencia. El conocimiento de tales objetos es el resultado de nuestra experiencia práctica, de la explicación y descripción de la experiencia que hemos alcanzado. Pero el hombre, apoyado en las cosas existentes, piensa en objetos que no existen y lo hace en función de sus propias necesidades.

Es imprescindible decir entonces que la situación del hombre actual, aún con el progreso de la ciencia y la técnica, es en grado sumo difícil. La alienación cubre todos los

aspectos de la vida humana, lo cual equivale a decir que por la alienación se está privado de todo lo que el hombre puede y debe ser. Los ideales humanos aparecen del contraste entre la realidad presente -lo que es- y la realidad anhelada -lo que debería ser-. De tal manera, la conciencia crítica surge de la conciencia de lo negativo, de lo limitado, de todo lo que puede ser superado en favor del futuro.

Se plantea hoy la necesidad de humanizar la ciencia como factor determinante del progreso, o sea con el fin de enfrentar los problemas globales: ecológicos, demográficos, alimenticios, de materias primas, etc. Es decir, que se configura un triángulo compuesto por la ciencia, la técnica y el hombre para abocar los desafíos ambientales y armamentistas.

Un nuevo discurso sobre el estado actual del mundo conduce hacia una nueva concepción del humanismo en razón de la prioridad que se confiere a los valores humanos universales desde los cuales se aprecia que el mundo es uno y que su unidad pertenece a un hombre integrado.

Esta idea sirve para consagrar el principio de que no es lícito pensar en hombres antagónicos, a causa de la interdependencia que ofrecen los valores universales, tanto como las relaciones sociales de todo tipo que abren un enorme interrogante que permite preguntar: ¿Cuál es el mundo del hombre de hoy?

Los problemas de la humanidad sólo se resuelven mundialmente: los del tercer mundo, el narcotráfico, el desarme y otros, liberarían todos descomunales recursos económicos que servirían para invertirlos en la solución de otros problemas mundiales.

El ejercicio y práctica de la democracia se realizan a nivel mundial, es decir, pensando en el destino común. La actividad de la democracia se vierte en el humanismo nuevo como fundamento del desarrollo y el progreso futuros. La conciencia humana se enriquece cada día más con la noción de igualdad. El diálogo, el reconocimiento de los otros a partir de la propia identidad, es sustento de la cultura actual: estamos entrando en la época de la cultura del diálogo el cual cubre múltiples formas de la expresión humana.

Consideran los mejores expositores del humanismo contemporáneo que el más alto logro humanista es la su-



presión de las alienaciones, la emancipación de la opresión y la pobreza.

La filosofía del humanismo tiene como problema central el lugar del hombre en el universo: sus relaciones, reales y posibles, con la naturaleza, con los demás y con la sociedad global; y consigo mismo.

También por esto hay que señalar que la actividad del hombre debe posibilitarse para encauzarla en orden a construir la libertad. El humanismo, como dijimos, supone la capacidad para superar toda alienación de la actividad, entendida aquella como limitación de lo que se debería y podría ser: libre, creador, desarrollado, social.

La actual civilización industrial posibilita una vida rica y plena de bienes. Pero tales riquezas no son aprovechadas con la plenitud que el hombre de finales del siglo XX requiere. La sociedad hoy tiene que emanciparse de muchas de las fuerzas negativas que la oprimen, no sólo política, sino ética, cultural, social y económicamente.

Las fuerzas materiales no son aprovechadas por la humanidad en consonancia con su poderío. Aún existen grandes males y necesidades sociales. Predomina la necesidad de poseer. La posesión es hoy símbolo de estatus, pero no es un medio para realizar valores reales. Se ha llegado al caso de que en la actual civilización industrial, el hombre no es rico en necesidades, sino en la necesidad de poseer.

Ha aumentado su nivel de vida, pero no ha hecho más humanas las relaciones entre los hombres y las clases sociales. La civilización industrial ha hecho que se superen las distancias espaciales y temporales entre los hombres, hay muchos indicios de integración en todos los aspectos de la vida, pero a su vez existen grandes fuerzas desintegradoras. El profesor M. Markovic piensa que «La idea de la humanización del mundo presupone una determinada concepción antropológica: ¿Qué es el hombre, cuál es su naturaleza, qué quiere decir una existencia auténtica, qué significa vivir una vida verdaderamente humana?»

Característica esencial del hombre es una energía creadora. Pero, de otra parte, su capacidad de destrucción ha demostrado a esta altura del siglo que ésta excede a su fuerza creadora.

El humanismo también comprende aquella fuerza que produce una dimensión del hombre que le permite servirse a sí mismo y servir a los estímulos o valores que propician todas las formas de creación: artística, política, científica, cultural, etc.

Los valores primeros hoy son los de mantener la vida y perpetuarnos como género.

Estas últimas consideraciones se entrelazan con la concepción actual de la cultura. La cultura se hace en, con y por la libertad. La libertad, condición del florecer cultural, o sea de la capacidad para conocer las causas y medir las consecuencias de un proceder.

Por Resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas en su 41º período de sesiones, el 8 de diciembre de 1986 se proclamó, en unión con la UNESCO, el Decenio Mundial para el Desarrollo de la Cultura, el cual queda comprendido entre el 1º de enero de 1988 y el 31 de diciembre de 1997.

El Decenio fue recomendado por la Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales de 1982, reunida en Ciudad de México.

Según la presentación que de él se hace, el Decenio busca acercar la actividad cultural al desarrollo social, así como convertirse en estimulante de creación y participación cultural en general.

El Decenio presenta cuatro objetivos fundamentales:

- a) Destacar la dimensión cultural del desarrollo;
- b) Afirmar y enriquecer las identidades culturales;
- c) Ampliar la participación en la cultura;
- d) Activar la cooperación cultural internacional.

Los anteriores objetivos poseen el anhelo de enfrentar las enormes dificultades con las cuales la humanidad tendrá que encarar el siglo XXI y a su vez sembrar posibilidades encaminadas a superar la cuota de crisis que le ha dejado el siglo XX.

Se trata de enriquecer la conciencia de todos frente a los problemas económicos sociales, ambientales, culturales, así en lo nacional como en lo internacional, y relieves el papel de la cultura en la vida personal y social, dado que la cooperación internacional en el orden de la cultura favorece el entendimiento entre los pueblos y por consiguiente se convierte en un baluarte de la Paz.



Los objetivos enunciados presentan una finalidad general y común: la de que el desarrollo no es sólo un problema tecnológico o de crecimiento económico, sino también de enriquecimiento de los valores humanos y sociales, factor de creación que permita el bienestar social, la participación activa en el proceso histórico junto con la capacidad de recepción de culturas diferentes a la propia.

Tales señalamientos se originan en parte también por las transformaciones de fondo producidas en el mundo por el desarrollo de la ciencia y la técnica, las comunicaciones, la información y la biotecnología, entre otras.

El peligro que puede aparecer radica en que el grado de interdependencia puede producir tan acentuada uniformidad en la sensibilidad y creatividad humanas, que se vean seriamente afectadas en su desarrollo. La vida así tendería hacia una esterilización nunca vista.

Se busca entonces volver por los fueros de la autorrealización del individuo junto con un progreso culto para la humanidad, considerando las peculiaridades de cada cultura nacional.

Se observa que programar un crecimiento material cuantitativo conduce a un punto muerto. «El desarrollo cultural es el verdadero objetivo final del progreso».

Estas nuevas formulaciones persiguen que la cultura, tanto en su aspecto material como artístico, se conviertan en forma de existencia, configuren sentimientos nuevos y de calidad superior, den significación a la autoconciencia y dignifiquen y valoren las relaciones humanas y sociales para que no sean solamente relaciones de producción.

El Decenio busca el reconocimiento de la diversidad de las culturas y su igual rango como requisito para el entendimiento y la Paz y poder construir las defensas de la Paz en la mente de los hombres.

La personalidad culta es un modelo irrepetible que se desarrolla con la libertad interior que se posee.

Aquí ya podemos afirmar que las humanidades mientras más robustas y fuertes sean, propician mejor una educación democrática y culta, si por educación democrática entendemos aquella que hace aflorar los valores, las inquietudes, los pensamientos que hay dentro de cada individuo.

Las humanidades, en el marco de una educación democrática, estimulan el crecimiento de la personalidad para que se abastezcan a sí misma, para que sea autosuficiente en el

reconocimiento de sus intereses y capaz en la satisfacción de sus necesidades.

Las humanidades deben cumplir con el requisito de hacer que el sujeto piense por sí mismo, con su fuerza creadora individual. Como dice el dirigente húngaro Lénard Pál: «La cultura siempre supone algún sistema de valores, fundamentado sobre una base ideológica. La aspiración de privar a la cultura de su aspecto ideológico es, en sí, una filosofía que niega las raíces sociales de la cultura y la priva de su función social progresiva, de su papel modelador del hombre y de la función que cumple para rechazar y atenuar la alienación. Hay que ver claramente que, dependiente del carácter de un sistema social y de las relaciones de poder, tanto la cultura espiritual como la civilización técnica pueden estar, juntas o por separado, al servicio del progreso, o de lo inhumano, de las manipulaciones y del terror».

Nos atrevemos a sintetizar lo dicho anteriormente así:

La primera acepción del humanismo es la que afirma la necesidad de una moral genérica: saber que somos hombres y que debemos perpetuarnos como humanidad.

La segunda es la conciencia plena de la posibilidad de cambiar el mundo, de ponerlo en consonancia con lo que necesitamos, así como la de cambiar también nosotros.

La tercera es la capacidad de afrontar la crisis contemporánea, donde lo primero que tiene que salvarse son las posibilidades del hombre ya que su valor está en saber que: «nunca como ahora el futuro de la humanidad depende de las decisiones y los actos de los propios hombres».

De tal manera el humanismo (y con él todas las disciplinas que lo enriquecen más directamente) se impone como tarea necesaria - no decorativa, orgánica - de la vida social - y con él la gran tarea de una cultura nueva y democrática.

Todo esto para que el mundo del hombre sea más humano. No hay cultura espiritual ni material que valga si no posee un grado de humanización del individuo que la vivifique y la haga plena.

La cultura y sus bienes son aquello por lo cual los hombres han vivido y por lo cual entregan su vida muchas veces. Y para eso sirven las humanidades.

bojas Universitarias.....



Ocho poemas de Alvaro Rojas de la Espriella¹

CREENCIA

Siempre mi voz se alza
sobre pálidas sombras de ceniza.

La juventud que tengo es madurez que siento
con la evidencia del hielo que viaja hacia el olvido.

Una mujer de pronto me nace en las palabras
y al instante transita, olvidada, en mi memoria.

Las cosas que me cercan las limito y las palpo
apenas cuando un árbol me recuerda la brisa;

o cuando un pájaro que huye se olvida de las nubes
y las palabras tiernas de amantes tras la niebla.

Y si un perfume se deshoja en mi sombra
entonces creo que las manos se hieren con el alma
y el pan es una piedra que hace eco en la muerte.

SEGUNDA CREENCIA

Y lo que digo aquí con entusiasmo
puede ser algo triste, o sueño o nuevo
nacimiento:

“La juventud que tengo” madura cada día.
Me sube por los pies la posesión del mundo.

Un poema y amantes que se cruzan
húmedos de la tierra todavía,
son fantasmas que van a la cabeza
pero pueblan la sangre, la aproximan
al polvo de la lucha, a la humedad del párpado,
a mi preponderante gesto
que acentúa la piel a cada instante
haciéndome distinto, ubicado
en la soledad de cada acto,
cada risa, llanto o sueño
final ondulación del alimento.

Y el pan es un mensaje que recuerda la muerte.

ALTA SUAVIDAD

Tánto como si hubieras vivido una semana
en una misma casa de oraciones y sollozos
ordenando alimentos, objetos y personas
hasta quitar la atmósfera a las cosas en su sitio.

Tánto que andas desnuda, vestida,
luminosa alta y suave -imperfecta humana-
deslizándote en un río de actos, perdiéndote
como si no tuvieras brazos.

En el gesto incesante el árbol arde
en la ceniza de las manos
y detrás de las manos se busca lo dejado:
tus vacíos disfraces, tus pasos, tus axilas,
vestido de amarillo entre días o ruinas
hasta desesperarme
con la cara arrugada como un mapa;
o a gente pobre yendo
en un tren largo de lágrimas y panes
buscando la tristeza en los negocios
igual a otra mujer sin risa y sin espejo.

Jugar a naipes rotos con la muerte;
y tus tumbas con párpados de plomo
cayendo a los pensados ojos,
a labios boca a boca en combate,
incendios arrojando y actos,
actos perdiéndote en el desamparo
o ya un cuerpo de lágrimas sin brazos.

¹ Estos poemas fueron publicados en los suplementos literarios de *El Tiempo*, *El Heraldo* y *El Liberal*, entre 1949 y 1951; el primero de ellos le da título al único libro de poemas que publicó Alvaro Rojas de la Espriella.

ELBUQUE

... nadie demorará mi espíritu
que en el amargo zumo del piélagos
se empapa

Stephan Mallarme

Oh buque! Sinónimo de ausencia y de distancia.
Tristeza con banderas y con mástiles:
en tu palo mayor van mis recuerdos.

La noche te persigue y el alba no te toca.
El hastío de las cosas te arroja hacia el cansancio
de tu máximo anhelo, que es soñar con palmeras
y voces marineras...

Las islas -como manos- te abrazan y te cantan;
y cantan las palmeras y cantan los islotes
y cantan los gavieros...

Cada boca en un puerto sintiéndose lejana,
tu ausencia es la medida de tu oscuro volver;
relojes somnolientos se miran bostezando
y esperan que mañana se convierta en ayer.

Oh buque de vida horizontal:
en las islas de nadie te besas con la playa
en su boca de arena con tu boca de sal,
mientras tus pocos hombres y el corazón mío
se acuestan a esperar...

ERÓTICA

En mi crecida soledad, a veces,
plantado en transitorio desespero
amo y ama mi semen a horcajadas
la dimensión del hielo y sábanas caídas.

Cuantas veces recuerdo tu existencia
un verde río de humo me devora
y me cansa la sangre las espadas
del azúcar bebida por los poros.

O sucede también que por mis piernas
corre un ligero vaho que se muere en el vientre;
y entre el calor del sexo y la mañana
se posa un cielo de fresca.

Mira cuánta paloma destruida
en tus ligas de azogue y vestigios de papel;
hay ángeles con armas en cada esquina tuya
que oyen y danzan el tatuaje final.

ELEGÍA

a J. J. M. que viajó a la selva.

I

Este es el Fray de barba prematura
con su amplitud de pecho y balanceante andar,
perdida la memoria pero no el corazón.

Miró crecer la hierba como llama en la sangre.
Oyó la soledad plasmada en las mujeres caídas
como troncos talados al azar.

Contar las horas era sentir los árboles
con pasos de punteros asfixiantes
girando hasta la oscuridad.

-Y al solo impulso de la edad nacida,
el musgo del recuerdo fué angustiada
presencia de un futuro ignoto-

Resinas, leños, almizcles y olor de caucherías,
y nada de navíos, ni velas, ni banderas,
determinan la lucha del hombre y sus alcances.

Y el sinfónico ruido de la lluvia cayendo sobre el alma
podría haber hecho del hombre un claro río;
pero el hombre es angustia y prefirió la tierra.

II

En tanta soledad deshabitada, las mujeres
que un día fueron soñadoras tranquilas
apenas son un grito desolado.

Y entre qué movimientos de piedra vive el hombre?
En qué vértice vital, en qué efecto de sangre?
En qué desierto suspendido entre su piel y su cabeza?
Camina balbuciente entre rostros y máscaras,
con la cadena de los días en los hombros
buscando precisarla con su vida.

El sol que ajusta la faena a las hormigas
y hace saltar los días de las noches
es una lumbre lejana y sin sentido.

III

-Después de tantos libros quedan ríos consumidos de
espacio
y bocas de mujeres entregando esperanzas
que como un meridiano de púas nos rasguñan el alma
y hacen un balanceante andar y una clara tristeza-

POEMA

En la unión de los actos recorreremos mucho
porque el paso de atmósfera a atmósfera
es una lucha larga, interminable casi para toda la piel,
dudando siempre, vórtice de coronas: Pueblo mío.
Temprano es porque ahí eres de estatura y volumen,
oh cuerpo de mordiscos golpeándome el silencio con la
frente!

Estamos todos polvo, posesión única y actos,
entre años, palpitanes días, Andes, tigres
y un arado que en innúmeras partes
abre el hondo "corte a pico" de la muerte.

Así son estas cosas: oficinas "que arreglan los asuntos"
y hospitales que secan las barrigas
hasta la última gota de la noche
cuando muchos, muchos hombres
le regalan anillos para ahorcarle los dedos
y establecen hondas contradicciones entre una mano y una
seña.

Yo he visto despedidas, sensaciones trucas, prostitutas
desde el vaho de tus babas, y maíz;
amarillas lentitudes. Y nada comprendía hasta que un
grito
frente a una multitud cayó como una tarde inesperada.
Y algo supe.

Porque todos lloramos
de la primera noche a la última esperanza ante una ventana;
una piel que nos despide áspera, casi de yeso y años ásperos.
-Un nudo de cuestiones nos defiende de la muerte
y un alargamiento de olvidos de la vida.
Sufriendo, avasallando, destrozando mujeres,
sucía la barba y los vestidos hasta jurar que nunca
usaremos las manos cogiendo la locura
o un hermoso crimen utilizado en senos, navajas y manzanas.
Entonces, una mujer que nos sepulta el cuerpo
es recordar un túnel que atraviesa la muerte?
es la noche de vidrios, de artistas, rasgando la sangre
haciéndonos odiar, olvidar o derribar?

Con tumultos, vestido de otros días bailar se puede,
en llanto, en esperanza, en campo abierto
y oxidada la voz, dónde, ondeantes banderas, mujeres?

La soledad es una máscara, un vestido,
un hueso en permanente rebeldía.

DESDE LA TERNURA HACIA OTROS DÍAS

Leonor Cordero allá en su palomar tenía
la semilla más tibia del combate;
ni la crespa madera ni el silencio
podían con sus aristas su ternura.

Como un soplo de arterias y de fuerza
infló las velas que abandono asía.
Tendida a mi costado su piel era una aldea
poblada de organismos y colores del día.

Olía a libro nuevo mi ventana.
La luna repartida en cuatro platos
al fantasma del odio detenía.

Su mano universal se prodigaba
y la cara asomada a los cristales
pedía los más altos ventanales.